



# El pozo del cielo

Cristina Cerezales  
Laforet



DESTINO

# El pozo del cielo

Cristina  
Cerezales  
Laforet

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1278

El hilo de Ariadna, I	11
El laberinto de Teseo, I	37
El hilo de Ariadna, II	61
El laberinto de Teseo, II	93
El hilo de Ariadna, III	113
El laberinto de Teseo, III	135
El hilo de Ariadna, IV	159
El laberinto de Teseo, IV	175
El hilo de Ariadna, V	193
El laberinto de Teseo, V	219
El hilo de Ariadna, VI	245
El laberinto de Teseo, VI	273
El hilo de Ariadna, VII	297
El laberinto de Teseo, VII	321
El hilo de Ariadna, VIII	329
El laberinto de Teseo, VIII	345

Fuera desfilan por el cielo nubes y vientos que hacen cimbrar las ramas de los árboles y levantan remolinos de hojas de otoño. Mientras, yo permanezco a la espera, detrás de mi ventana, deseando con impaciencia que el aire se vuelva mi aliado en la hora precisa en que el sol penetra por los cristales y se desparrama por la cama. Quiero recoger el calor de sus rayos y saciarme de esa vitalidad que penetra en mi cuerpo haciendo desaparecer la tristeza de la soledad, y creando una ilusión que me predispone a lo extraordinario.

Poco a poco he ido consiguiendo que mi vida tuviera sentido sin Teseo a mi lado. Él consiguió que dejara de analizar las cosas, de estudiarlas. Me dijo mil veces: «No pienses, siente». Y yo sentí, de una manera tan intensamente viva que mis nervios se desbarataban cuando perdía contacto con él. Por eso necesito olvidarle y prepararme a recibir lo mejor, sacudiéndome esta inercia que me hace permanecer en casa día tras día, como si todavía deseara la llegada del amado, como si necesitara su hombro para compartir el peso y la responsabilidad de la vida que a veces resultan insoportables.

En respuesta a mi deseo, las nubes se abren dando paso a un sol brillante que dentro de nada se extenderá por mi cama. Me desnudo frente a la luna del armario y sonrío a mi figura que nunca se ajusta totalmente a mi expectativa pero que he aprendido a querer. Con la mano aliso la sábana bajera y ahueco la almohada. Me tumbo en el centro de la cama con un suspiro de satisfacción. La luz tiembla un poco filtrada por el movimiento de las ramas, pero finalmente siento la caricia del sol deslizándose suavemente por los tobillos, recorriendo los muslos, colándose por los orificios, extendiéndose por el vientre, colmando el ombligo, rozando suavemente los senos, el cuello, el interior de la garganta, las mejillas, las fosas nasales; iluminando el cuenco de los ojos, las pupilas... Y de pronto, una brusca parada: una nube oscura interrumpe la luz. Cruzo los brazos sobre el pecho sintiendo el frío del abandono, pero no por mucho tiempo porque en ese mismo instante suena el timbre de la puerta.

No espero a nadie. Mi primer instinto es arrebujarme entre las sábanas y no acudir a la llamada. Es un resto de inhibición que todavía no he conseguido vencer, pero afortunadamente un instinto más fuerte me hace dar un salto al segundo timbrazo y asomarme a la ventana. El hombre mira hacia arriba y sonrío.

—Buenos tardes, señora. Soy el marmolista.

—¡Un momento!

Me visto a toda prisa y bajo los escalones de dos en dos. El marmolista.

Nos miramos. Él debe de tener unos cincuenta y tantos años, la edad de mi padre más o menos, pelo ca-

noso, abundante y ligeramente alborotado. Me gusta. Tiene una sonrisa bondadosa y una mirada penetrante que parece descubrir y apreciar.

Le devuelvo la sonrisa.

—Buenas tardes.

Todavía me sorprende cuando me llaman «señora». Me resulta ridículo ese título cuando tengo la impresión de no haber empezado a vivir de verdad.

—¿El marmolista?, ¿qué marmolista?

Saca un papel del bolsillo y me lo enseña. Sus ojos claros se han oscurecido con el temor de haberse equivocado.

—Sí, es aquí —le tranquilizo—. No sabía que tenía que venir un marmolista. La verdad es que no entiendo muy bien la solución que me han propuesto.

El hombre respira aliviado, parece que haya vencido muchas dificultades hasta llegar a mi casa. Yo sé que mi dirección es difícil de localizar. Pide disculpas. Él recibió el aviso hace quince días y se puso inmediatamente a la tarea, pero nadie vino a recoger el encargo como convenido. Se ofreció él mismo a entregarlo. Le miro y no me encaja en el papel que está representando.

Teseo dice que pienso demasiado y que ése es el origen de nuestros malentendidos. «No pienses, siente.» Puede que sea un buen consejo, pero cuando sólo siento, veo cosas distintas a las que me presentan.

El marmolista tiene modales educados y cruzo la casa junto a él como una dama acompañada por un caballero andante.

Entramos en el cuarto de baño. Contempla desolado la chapuza que hizo el fontanero al instalar un váter nuevo en sustitución del que se había roto. Le

explico que se equivocó en las medidas y que dejó la cisterna separada de la pared.

—Esto no tiene estabilidad.

—Ahora tiene algo más, porque al quejarme de que todo quedaba bailando, el fontanero colocó una bola de silicona para rellenar el hueco.

—Espero que lo hiciera como solución provisional.

—Para él era la solución definitiva y dio el trabajo por terminado. Yo llamé a un inspector.

—¿Y no ordenó el inspector que se desmontara todo y volvieran a colocar el sanitario en su sitio?

—No. Dijo que sustituirían la silicona por una pieza de mármol.

Parece avergonzado, pero claro, no es cosa suya.

—A mí no me convence nada esta solución, pero...

—A mí tampoco, pero...

Me parece oír el final de la frase que no pronuncia: «... necesito que paguen mi trabajo».

Quiero tranquilizarle. Después de todo, a mí me da igual.

—En cualquier caso lo he aceptado. Tengo curiosidad en ver cómo resulta.

Sonríe, pero pronto su rostro vuelve a ensombrecerse.

—Me parece que también me han dado mal las medidas del mármol. La pieza que yo he cortado es demasiado grande para este espacio.

Saca un metro del bolsillo y comprueba que es cierta su apreciación.

—Lo siento —me dice—. Tendré que volver otro día.

—No importa. La silicona por ahora está aguantando, puedo esperar un poco más.

—Siento todos estos fallos. Me parece que no ha sido una buena idea encargarme de este asunto. Lo que me molesta es que *ella* vuelva a tener razón.

Tiene acento extranjero pero habla un español muy correcto. Lo del acento es normal entre los operarios que envía el seguro, pero hay algo en él claramente diferente. Me parece oír el tono impaciente de Teseo: «A ver, ¿qué es lo que *no* te encaja?» Porque, en realidad, Teseo sí quiere que piense, en todo menos en lo nuestro. Siento un poco de frío, y me parece que el marmolista también. El sol se ha retirado del todo.

—¿Le apetece un té?

—Se lo agradezco mucho, a esta hora suelo tomarlo.

Sigue mirándome como si me reconociera, como si reconociera en mí algo que le maravilla. Me gusta sentirme observada de esta manera, mis movimientos se vuelven ligeros, le ofrezco asiento y me acerco a la cocina con una melodía en los labios.

Elijo el té Earl Grey sin preguntarle. Sé que le va a gustar. Adivino sus gustos aunque no conozco su nombre.

Desde la cocina le oigo abrir la puerta que da al patio y me acerco.

—¿Le importa que me asome un momento?

Está anocheciendo y sigue soplando el viento. A mí también me gusta este tiempo, y sentir el aire circulando por la casa. Le acompaño mientras el agua del té se calienta.

Pegado a la pared crece un arbolito. Un pájaro debió de plantar la semilla. Me gusta verlo crecer hacia la luz.

—Es un arce —me dice, recogiendo una hoja caída.

—Sí, habrá llegado de un jardín vecino.

Él acaricia la madera del tronco.

—Cúidelo bien —me dice—, parece contento de estar aquí.

No añade, como otros, que las raíces pueden perjudicar a los cimientos de la casa, y se lo agradezco. Me ayuda a recoger una hamaca que dejé olvidada en el patio, y se acerca al rincón de las plantas aromáticas. Las reconoce y le gustan. El silbido de la tetera nos hace pasar al interior. Cierro las ventanas. No enciendo la chimenea porque la leña está húmeda y tardará en prender. Me preocupa retener al marmolista más de lo necesario, me gustaría consolidar la amistad que está naciendo, saber cosas de él sin tener que preguntarlas. Cosas como « ¿quién es ella? »

Él sigue contemplando el diminuto jardín detrás de la ventana. Se está fijando en la barbacoa. Le explico que ya no la utilizo demasiado.

Se levanta del suelo un remolino de hojas rojas de la parra virgen. Nos miramos compartiendo la belleza del momento.

Sirvo el té.

El marmolista lo deja reposar en la taza y observa los cuadros de la pared y los objetos en las estanterías.

—¿Vive sola?

—A ratos. Teseo va y viene.

—¿Es él quién aporta a la casa estos objetos tan bellos?

—No. Él viaja por trabajo. Estos objetos los fui adquiriendo yo a lo largo de muchos años.

—Muchos no puede ser —dice, sonriendo de nuevo.

Toma en sus manos una figura del elefante Ghanesa y vuelve a depositarla con cuidado sobre el cristal.

—Ha elegido un buen lugar para él —comenta—. La figura se completa con su reflejo en la mesa.

Me gusta que lo descubra, yo me recreo contemplando a menudo ese reflejo.

Mi casa es modesta, pero tiene unas cuantas joyas para quien las sabe reconocer. El marmolista sabe. Los objetos cobran vida cuando los toma en sus manos.

—¿Alvar Aalto? —Está observando una pieza de cristal, de forma irregular, que utilizo para distintos menesteres.— ¿Estuvo usted en Finlandia?

—Viví unos años en Dinamarca y desde allí fui a menudo a Finlandia. Me gustan los diseños de Alvar Aalto, y también su arquitectura.

—A mí también. Visité hace años Villa Mairea en Noormarkku. Además de estas piezas decorativas he observado que esta casa tiene algunos elementos que recuerdan su arquitectura.

—Ah, ¿sí?

—Por ejemplo, ladrillo visto combinado con yeso blanco; el mismo tiro para la chimenea del interior y la barbacoa del patio...

—Bueno —me río—, algo hay, salvando distancias... Todo en esta casa es diminuto, pero es armonioso. La verdad es que a mí me gusta, me siento bien en ella. Estaba en muy malas condiciones cuando la encontré y eso hizo que el precio se ajustara al regalo de mis padres. La cuestión del precio era importante, pero la principal razón que me animó a elegirla fue la sensación de bienestar que me produjo desde el primer momento.

Le gusta el té. Parece un conocedor y valora mi forma de prepararlo. Son muchas señales favorables, como las que emitió la casa cuando me la presenta-

ron. En cierto modo se parecen los dos. El marmolista viste de forma desenfadada, con un pantalón viejo de trabajo, pero tiene una elegancia interior y unos conocimientos que me cautivan, y también sus manos, y sus ojos. Hace muchos años que no me sentía tan a gusto conversando con alguien. Mi vida pendiente de Teseo me aisló de los demás. El interés que pone el marmolista en escuchar mis palabras hace que aflore mi necesidad de comunicación.

—Mis viajes se debieron en gran parte a la profesión de mi padre que me hizo apreciar la vida nómada. Hace ya unos años que vivo independiente de la familia, pero la necesidad de cambio quedó instalada en mí.

—¿Y ahora viaja por su cuenta?

—Muy poco. Mucho menos de lo que me gustaría, estoy condicionada a permanecer aquí por muchos motivos, entre otros, el tema económico.

Y la soledad. No se lo digo, pero lo sé. El aislamiento que se ha adueñado de mí me paraliza en una sensación de espera constante. Reconozco que no ha sido solamente culpa de mi relación con Teseo. Mi necesidad de él se hizo enorme porque ya notaba el vacío apoderándose de mi vida.

—El último gran viaje lo hice al acabar la carrera. Mi padre me envió dinero para que fuera a visitarles. Yo también tenía unos ahorros que había guardado para la ocasión. Me ilusionaba mucho conocer la India y quería permanecer allí un tiempo. Ellos vivían entonces en Nueva Delhi. En su casa sólo permanecí un par de días —me río, y me mira sorprendido—. Siempre es así, voy en su busca pero en cuanto les veo tengo que alejarme, no se produce el encuentro. Es

como un movimiento rítmico, como las olas del mar, que apenas rozan la orilla y ya se están retirando. Pero en la India me quedé cerca de un año.

—De allí traje usted su pequeño Ghanesa.

—Sí, le tengo mucha simpatía. Siempre me anuncia buenas nuevas.

Se establece un silencio cómodo. No me importa haber desvelado parte de mi intimidad. Es agradable sentirse acompañada en esta hora de transición entre la luz y la sombra. Me gustaría saber más cosas de él. No reconozco su acento y le pregunto sobre su origen.

—Soy húngaro, aunque llevo muchos años fuera de mi país.

—Usted no siempre se ha dedicado a esto, ¿verdad?

—¿Se refiere al trabajo de marmolista?

—Sí.

—Sí y no —bebe un largo sorbo de té—. Siempre he trabajado con mármol además de otros materiales, pero no en esta clase de trabajos.

—¿Se dedica al arte?

—A la escultura.

Ya empiezan a encajar las piezas.

—¿Le interesa a usted la escultura?

—El arte en general me emociona. Traté de acercarme a él a través del estudio, pero no fue lo más acertado.

—¿Qué quiere decir?

—Estudí la carrera de Historia del Arte, y en parte me desapareció aquello.

—¿Se refiere a la emoción?

—Sí. Antes, una obra de arte podía hacerme temblar o llorar incluso. No siempre era una reacción cómoda para mí. A veces me colocaba en situaciones

difíciles, y hacía esfuerzos por no sentir tanto, aunque al mismo tiempo tenía la impresión de que sólo esos momentos tan intensos eran la verdadera vida.

Vuelve a visitarme el recuerdo de Teseo, cuando nos conocimos en el Museo del Prado delante de la pintura del *Perro semihundido* de Goya. No era una hora muy concurrida y la poca gente que por allí circulaba se fue retirando. Pensé que estaba sola y permití que mis lágrimas fluyeran libremente frente a la impotencia y la soledad reflejadas en la mirada del perro. De pronto noté otra presencia en la sala. Me volví para encontrarme con un hombre grande apoyado en la puerta y contemplando la misma pintura. La primera sorpresa fue la corpulencia de Teseo. La segunda es que en sus ojos oscuros también brillaban las lágrimas.

—¿Qué es lo que desapareció exactamente? —La pregunta del marmolista me devuelve al presente.

—Esa emoción que me proporcionaba una mirada virgen. Antes, yo percibía frente a un cuadro algo que dejé de sentir, quizás debido a la acumulación de datos que ahora acude a mi memoria cada vez que me enfrento a una obra de arte.

—Pero algo ganaría usted...

—Sí, seguramente.

—No parece muy convencida.

—Hubo cosas buenas, desde luego. Aparte de la acumulación de cultura, me hizo navegar por caminos insospechados. Encontré un par de buenos profesores que despertaron mi curiosidad. Me metí de lleno en el mundo fascinante de la Edad Media. La arquitectura gótica todavía no me ha revelado todos sus secretos. Y además hice algunos amigos, sobre todo uno, con el que pasé muy buenos ratos.

—Lo de la acumulación de cultura ¿lo dice en sentido peyorativo?

—Sí, las experiencias me gusta sentir las más que almacenarlas. Vivirlas. A mi curiosidad por la Edad Media colaboró un compañero de clase, ese amigo del que le he hablado, con el que me reunía a estudiar, y juntos nos adentramos en diversos conocimientos como la numerología, la geometría, la alquimia, los secretos que encerraban las catedrales. Llegamos a apasionarnos por esos temas. Pero un día me cansé, y todo aquello me pareció un juego absurdo.

Sonríe.

—Yo esperaba que esos conocimientos me condujeran a otro lugar, pero no fue así.

—¿Su amigo sigue investigando?

—Sí, es un apasionado. A él le fascinan sobre todo los números, y sigue emocionado con sus matemáticas. Se llama Lucas pero todo el mundo le conoce como *el Pitágoras*. Creo que fue él mismo quien se impuso el nombre.

—¿Qué es exactamente lo que la decepcionó?

—Me di cuenta de que nunca se llegaba a nada. Los mensajes secretos, los números mágicos, las interpretaciones diversas, me parecieron de pronto laberintos sin salida. Al final nunca se ha llegado ni a la piedra filosofal ni a nada que transforme nuestra vida en algo mejor o que por lo menos le dé un sentido.

—A veces, los caminos son largos. Gracias a esos números se crearon muy bellas armonías en arquitectura, incluso en pintura. Y ésa, creo yo, es una forma de ir conduciendo el mundo hacia la belleza. ¿Ha dejado usted de creer en la importancia del arte?

—No, eso no. Y tampoco en la importancia de los números, pero los números concretos. Al acabar la carrera estudié contabilidad con mi amigo, y me pasé a los números de una manera práctica. Los números me dan de comer y ya no hace falta que sean mágicos, que se llamen *phi* o *pi*, ni hacer series con ellos, ni relacionarlos en extrañas fórmulas.

Como siempre que me acerco a este tema, vuelvo a sentir una gran confusión. Ya no sé si lo que estoy diciendo es lo que en realidad pienso o lo contrario. Me gusta mi interlocutor y deseo agradecerle. Me parece una persona inteligente y culta y siento deseos de mimetizarme con él. ¿Estaré de nuevo buscando a mi padre? Aparto el pensamiento por molesto. Si encuentro a mi padre en él, se acabará nuestra amistad.

—Hábleme de su padre.

—¿De mi padre?

—Me dijo que lleva una vida nómada.

—Bueno, en cierto sentido. Es diplomático.

No tengo ganas de hablar de mi padre, y me dirijo a la cocina en busca de unas pastas para acompañar el té. ¿Sabrá el marmolista leer el pensamiento?

Cuando regreso a la sala, le encuentro ensimismado.

—Las he hecho yo —le digo para atraer su admiración.

No parece haberme oído y sigue el hilo de su pensamiento.

—Espero —dice con tono de preocupación— que esa sensación emotiva que usted sentía frente al arte le regrese enriquecida por todo lo que ha aprendido. No se puede quedar uno en la superficie, en la frialdad de los datos, ni tampoco en la confusión de los senti-

mientos. El estudio tiene que servir como instrumento para avanzar hacia el conocimiento. Esa sensación de pérdida que usted siente ahora es sólo pasajera, ya lo verá. El arte está dentro de usted y de una manera u otra acabará manifestándose.

Asiento con un gesto. Me gustaría agradecerle de algún modo la atención que me está dedicando.

—¿Qué la llevó a estudiar contabilidad?

—Pitágoras me lo aconsejó.

—Resulta curioso.

—¿Por qué?

—Porque el verdadero Pitágoras nunca buscó aplicaciones prácticas a su trabajo. Un alumno podía ser expulsado de la escuela sólo por preguntar para qué servían las matemáticas.

El marmolista toma una pasta del plato.

—El Pitágoras del que yo le hablo también es así. Él separa totalmente las matemáticas a las que se dedica por devoción, del cálculo y la contabilidad. Aunque también le gusta esta segunda parte, dice que le hace entrenar el orden y la atención.

—La atención es muy difícil.

—¿También para usted?

—Sí, absolutamente. Cuando salgo del pozo del cielo, a veces he perdido las referencias prácticas. Sobre todo cuando paso mucho tiempo ahí trabajando, después me cuesta salir.

—La vuelta siempre es más costosa que la ida.

Estamos de acuerdo.

¿El pozo del cielo? Más adelante, cuando le conozca mejor, también le preguntaré qué es el pozo del cielo. Hoy temo cansarle, agotar el encanto. Me gusta que me hable de cosas como si yo ya supiera de ellas.

Observo su mano apoyada en la mesa. Es una mano ancha y fuerte, mano de escultor. Esa mano me conduce al recuerdo de la mano de un indio en Arunachala. Mi mente empieza a divagar hasta que el marmolista de pronto se pone en pie retirando la mano.

—Siento haberla entretenido tanto —dice en tono de disculpa—. Usted tendrá cosas que hacer, y yo también—. El tiempo pasa volando cuando se está a gusto —sonríe—. Muchas gracias por todo... No nos hemos presentado. Mi nombre es Sándor. Sándor Battyani.

—Yo me llamo Florinda.

—¿Florinda?

Hace una pausa como valorando el nombre que le ha sorprendido, y pregunta:

—¿Me permitiría usted llamarla Flor? Es el nombre perfecto para usted, el otro me recuerda a la urbanización en la que vivo —y después de un titubeo, añade— quizá su marido utilice también el nombre de Flor...

—Teseo no es mi marido, y no me llama Flor. Me llama Ariadna. Él tampoco se llama Teseo, su nombre es Andrés. Me gusta Flor, como doña Flor la de los dos maridos. No me importaría parecerme a ella.

—Me gustaría mucho que viniera usted a visitarme y viera mis esculturas. Estoy a punto de inaugurar una exposición, pero todavía tengo la obra en casa. *Ella* se lo enseñará todo, es inevitable, pero después vendrá usted otro día y podremos verlo a nuestro aire.

—¿*Ella* es su mujer?

—No, no. Ella es madame Ludmila. Le voy a es-

cribir mi dirección y teléfono, pero antes tenemos que solucionar lo del mármol.

—Por eso no se preocupe.

—Claro que me preocupo. Ahí es donde yo debo poner el orden y la atención. Mañana mismo traeré la pieza adecuada.

Leo el papel que me entrega. Sándor vive en Villa Azor, una casa de la urbanización de La Florida.

—Procuraré venir sobre esta misma hora.

—¿Se quedará usted a tomar el té?

—Si usted me invita, aceptaré con mucho gusto. Por cierto, las pastas estaban deliciosas. Es usted una buena repostera, como la doña Flor de Jorge Amado.

Después de despedir a Sándor, me doy cuenta de que no me quedo sola. El caos obsesivo que ha sustituido a mi amor por Teseo y los habituales preparativos para recibirle han desaparecido. Ya no trato de imaginar las mentiras que me dirá a su regreso de China; ni las palabras que yo utilizaré para comunicarle mi decisión de no volver a verle. Todo eso pasa a un segundo plano. No necesito ya pensar en ello hasta que se presente el momento. Mientras tanto me siento rica en sensaciones y recuerdos. La mano del escultor sobre la mesa y la mano del hindú: el ascenso a la montaña de Arunachala. Enciendo la chimenea y me tumbo en el sofá para recrearme en el recuerdo que ha aparecido como un relámpago y que quiero prolongar un poco más. La visita del marmolista ha reactivado los canales de mi vida y por ellos deseo volver a circular libre de temores. Revivo como en una película la sed, el calor, el esfuerzo de aquel primer tramo de

la montaña que subí sola, el agua de la cantimplora que casi agoté pensando equivocadamente que llegaba a la cima. Era sólo un remanso, una parada. El ascenso continuaba. Levanté la vista y calculé la dificultad de la segunda parte mucho más escarpada. El camino de tierra, que hasta ese momento me había acompañado, se perdía, desaparecía, y era obligado alquilar los servicios de un guía para escalar el siguiente tramo. Vagabundeé un poco por el lugar entre otros viajeros que se reunían en pequeños grupos aceptando los servicios que ofrecían los guías. Comprendí que yo no podía permitirme ese lujo. Apenas me quedaba dinero, ni fuerza, ni agua en la cantimplora. Me senté apoyando la espalda en la pared de una de las dos chozas donde había vivido el ermitaño Maharasi y comprendí que el santo había elegido un bello lugar, y que no hacía falta moverse de ahí para contemplar la maravilla que brindaba la montaña. Sentí alejarse las voces y las pisadas y me quedé tranquila con un ligero sentimiento de melancolía, debido quizá a la soledad que siempre acabo eligiendo. Entonces, apareció de la nada aquel hombre. «No puedes quedarte aquí, a dos pasos de la cima. Yo te conduciré hasta arriba.» Volví a esgrimir mis argumentos: falta de agua, de fuerzas y de dinero, pero él no se dio por vencido. «No tienes que pagarme nada. Tienes que subir porque Shiva quiere que subas.» Una sonrisa ancha y blanca iluminaba su rostro moreno. Tuve miedo al sentir resquebrajarse mi seguridad anterior. No podía aceptar su ofrecimiento. No podía subir sola con ese guía que no iba a recibir dinero a cambio. ¿Qué quería él de mí? Entonces vi aquella mano grande y oscura tendida, la mano de la amistad, y me aferré a ella con los ojos cerrados.

Suena el teléfono. Me llama Inés para saber cómo me siento. Apenas me concede unos segundos para contestarle que estoy bien e inmediatamente toma ella la palabra y me cuenta los últimos acontecimientos de su vida. Se lamenta y se ríe y yo me río con ella. Siempre es refrescante para mí el contacto con Inés. Cuando cuelgo el teléfono, me alegro de no haber tenido ocasión de hablarle de Sándor Battyani, ni de mi nuevo estado de serenidad. Son cosas difíciles de transmitir. Inés sólo entiende los sentimientos que conoce, e interpreta a su manera los de los demás. Nunca ha entendido el movimiento oscilante de la vida.

El marmolista sí lo entendió.

«Hábleme de su padre», me dijo. Y yo me asusté. Era demasiado pronto para contarle el horror que ha marcado mi vida. El susto ante lo imprevisto, y el miedo de las noches en blanco, abrazada a mis hermanos más pequeños que venían a refugiarse en mi cama; noches de borrachera en que mi padre enloquecía; el silencio de mi madre que nunca admitió la existencia de esas noches; sus sollozos silenciosos ante la violencia de los gritos de él; ¿los golpes? Los oíamos pero no sabíamos a qué estaban destinados. Al día siguiente, papá elegante y tierno, mamá en cama con jaqueca. Papá bromeando y ofreciendo, mamá recluida en su palacio de cristal.

Él quería que yo le hablara de la vida nómada que el trabajo de mi padre nos impuso. ¡Ah, la vida nómada!, siempre la amé. Tenía la impresión de que cada vez que cambiaba de lugar su curso podía enderezarse, que se nos brindaba a todos una nueva oportunidad de ser felices. Quizá mamá también lo sentía así, porque en los traslados parecía revivir, y aumentaba

su eficacia. Pero al cabo de un tiempo, todo volvía a repetirse con exasperante regularidad. Nos habíamos asentado de nuevo.

El marmolista tiene una elegancia distinta, más desenfadada, más artística. No estoy buscando a mi padre en él, quizá busco al opuesto. Estoy segura de que el marmolista no bebe en exceso, pero tampoco se emborrachaba Teseo cuando le conocí.

No quiero regresar al tema de Teseo. Hoy he tenido la oportunidad de librarme de él y quiero aprovecharla hasta el final. Busco en la estantería el libro de *Doña Flor y sus dos maridos* y una manta para cubrirme. En el sofá me siento acompañada por el chisporroteo de la lumbre. Me gusta descubrir que la doña Flor de Jorge Amado tampoco se llamaba Flor, sino Florípedes. Me quita la sensación de impostura al utilizar como mío ese bello nombre. No tengo ganas de cenar. Leo hasta quedarme dormida.

Al día siguiente se para frente a mi puerta el coche del marmolista seguido de una furgoneta que estaciona detrás de él. De la furgoneta baja un chico brioso que carga sin esfuerzo la pieza de mármol. Les he oído llegar y nada más sonar el timbre yo ya estoy abriendo la puerta.

—Buenos días, joven. Venimos a colocar este mármol...

—Sí, pasen. Les estaba esperando.

Sándor y yo nos sonreímos. Conduzco al muchacho que me ha llamado joven al cuarto de baño. Él saca un bote con una pasta o pegamento y unas herramientas.